

268

W

CAROLINA DE SOTO Y CORRO

EL SANTO
DE LA ALDEA



POEMA

Precio : UNA PESETA

JEREZ

Imprenta de *El Guadalete*, calle Compás número 2

1885

EL SANTO DE LA ALDEA

EL SANTO DE LA ALDEA

CAROLINA DE SOTO Y GORRO

EL SANTO
DE LA ALDEA

POEMA

JERREZ

Imprenta de El Graduado, calle Compañía número 2

1882

CAROLINA DE SOTO Y CORRO

EL SANTO
DE LA ALDEA

—
POEMA
—



JEREZ

Imprenta de *El Guadalete*, calle Compás número 2

1885

AL

Don José Joaquín Rodríguez González

A. D. querido primo, me dedico este pequeño
poema sin pretensiones ni méritos. Te debo favo-
res de esos que no se olvidan nunca, y la gratitud
es la moneda de más difícil con que puedo satisfacer
mi deuda.

Recibe este humilde tributo como recuerdo de
tu primo,

La Cudra.



AL

Sr. D. José Rodríguez González

A ti, querido primo, va dedicado este pequeño poema sin pretensiones ni méritos. Te debo favores de esos que no se olvidan nunca, y la gratitud es la moneda de más valía con que puedo satisfacer mi deuda.

Recibe este humilde trabajo como recuerdo de tu prima,

La Autora.



EL SANTO DE LA ALDEA

I

Érase Juan un niño pobre y feo,
melancólico, enfermizo y corcoba-
do, pero dulce, juicioso, inteligente
y de un alma bellísima agotada;
su principal deseo,
desde la tierna infancia,
fue iluminar su mente
y en el estudio hallar bienes preciosos
desterrando sus dudas e ignorancia
con los libros más sabios y piadosos;
pero añelo tan grande, en su pobreza
no lograba alcanzar, y resignado,
con celestial grandeza,
buscaba luz y vida
prestando a otros más pobres su cuidado
y partiendo con ellos su comida.

EL SANTO DE LA ALDEA

I

Érase Juan un niño pobre y feo,
melancólico, enfermo y corcobado,
pero dulce, juicioso, inteligente
y de un alma bellísima adornado:
su principal deseo,
desde la tierna infancia,
fué iluminar su mente
y en el estudio hallar bienes preciosos
desterrando sus dudas é ignorancia
con los libros más sabios y piadosos;
pero anhelo tan grande, en su pobreza
no lograba alcanzar, y resignado,
con celestial grandeza,
buscaba luz y vida
prestando á otros más pobres su cuidado
y partiendo con ellos su comida.

que logró ser desechado II
y el más favorecido del maestro.

El cura del lugar que vió en el niño
tan bella inclinación y buen talento,
sintió por él cariño,
y llevado de un noble pensamiento,
llamó á la anciana abuela,
única madre al fin del desdichado,
y le expresó su intento
de ponerlo á su costa en una escuela
y hacer del niño un hombre aprovechado.

III
«el tío», «el jorobado» y «el mendigo»
Lloraba humildemente el contrahído.

Juan, loco de alegría
al ver su afán cumplido,
prometiéndole á la anciana ser un día
su seguro sostén, enternecido
corrió á casa del cura generoso,
y besando su mano agradecido
juró ser obediente y estudioso.

IV

Desde aquellos instantes
el humilde jiboso fué tan diestro,

que logró ser dechado de estudiantes
y el más favorecido del maestro.
Así los otros niños envidiosos
de que un mísero sér tan mal formado,
sin padres cariñosos,
y pobre en el vestido,
fuera para el maestro el más amado,
y á todos preferido,
le odiaron y trataron de zaherirle
maltratándole á solas, é imprudentes
creyendo confundirle,
rehusando cada cual el ser su amigo,
llamábanle inclementes,
«el feo,» «el jorobado» y «el mendigo.»
Lloraba humildemente el contrahecho,
y alzando al cielo azul los tristes ojos,
herido en lo profundo de su pecho,
rogaba á Dios de hinojos,
y lleno de fe pura
su espíritu calmaba
yendo ansioso á gozar de la ternura
de su buena abuelita que lo amaba.

VI

Uno de aquellos niños tan crueles
(el más desaplicado y sin talento)

odiaba de tal modo al pobrecillo,
envidiando sus triunfos y laureles,
que con dañado intento
al salir de la escuela, el tal chiquillo
solía apedrearle,
y con malicia artera
se gozaba después en calumniarle
con el fin de que el maestro le riñera.
Tanto y tanto decía,
(y los otros á coro lo afirmaban,) que al fin dudoso un día
el dómine creyó de pena lleno
y en razón de que todos lo acusaban,
que aquel niño tan bueno
empezaba también á pervertirse,
y siempre al preguntarle,
queriendo de justicia revestirse,
aun más se confirmaba,
porque en vez de negar ó confesarle
su proceder ligero
el pobre se callaba
por no traer un daño al compañero.
Así el alma bendita en su clemencia
devuelve por un mal un beneficio,
y sufre con paciencia
goce hallando en su mismo sacrificio.
Pero llegó ya un día
en que el buen preceptor, casi asombrado

de tanta hipocresía,
y de sufrir cansado,
quiso prudente obrar con más cautela,
y usando de un rigor que le dolía
arrojó al pobre chico de la escuela.

VI

El triste Juan, lloroso y abatido
por aquel contratiempo que llenaba
su pecho de amargura,
temió en su buen sentido,
si la verdad no hablaba
descubriendo con ella la impostura,
ser por todos al fin aborrecido;
así que diligente
se fué á casa del cura,
y entre llanto copioso
le contó la verdad sencillamente
conmoviendo al anciano religioso.

VII

Dios que por todos vela
y al ave errante le procura asilo,
Dios que premia y consuela

dándole al bueno corazón tranquilo,
protegió al desdichado,
pues quiso el sacerdote bondadoso
con ese tierno afán que se revela
en santa fe inspirado,
que Juanito y su abuela
se fueran á vivir siempre á su lado.
¡Dichoso aquel momento
en que al lanzar su dardo el maldiciente
derramó la piedad su dulce aliento
quedando protegido el inocente!

VIII

La más extraña unión en el conjunto
que todos admiraron
por su armónica paz dulce y bendita,
surgió desde este punto
en aquella familia que formaron
el cura, el jorobado y la abuelita.
Todo era allí ventura,
todo al blando sosiego convidaba,
y tal veneración y tal ternura
á los buenos vecinos inspiraba
la unidad de los tres y el vivo anhelo
que á la augusta virtud los impulsaba,
que á sus hijos con dulce complacencia

siempre los señalaban por modelo;
y era de aquellos seres la existencia
tan plácida y sencilla
cual del que tiene en calma la conciencia
sin dar abrigo á orgullo ni rencilla.

IX

Cual pájaros dichosos
que al despuntar la aurora
escapan de sus nidos presurosos
y elevan á la altura
su música sonora
saludando al Creador de la Natura,
así aquel tierno grupo, fiel ejemplo,
al destrenzar el sol sus rizos de oro,
se dirigían al templo
y entonaban á Dios un dulce coro.
Y el santo sacrificio celebrado,
la oración elevada
con labio fervoroso,
pidiendo por el niño desgraciado,
por la abuelita amada
ó por el noble y santo religioso,
iban luego los tres por la cañada
risueños y tranquilos,
llegaban á un portal de endebles rejas

por una calle de frondosos tilos,
observando del campo las labores;
y Juan acariciaba unas ovejas
y una hermosa vaquita
que eran todo su encanto y sus amores;
y el cura y la abuelita
después de visitar aves y flores,
penetraban por fin en su casita.
Dando gracias al Ser divino y uno
con fe siempre ardorosa,
tomaban el ligero desayuno
servido por la anciana primorosa;
luego Juan, al estudio dedicaba
las horas de la siesta,
su protector le daba sus lecciones,
y en tanto la abuelita se empleaba,
siempre útil y dispuesta,
del hogar en las rudas atenciones.
Por la tarde, después de haber comido,
admirando las mieses
con pecho agradecido,
se dirigían á un campo de cipreses.
En aquel lugar triste y silencioso
oraban por los muertos,
y al descender el astro misterioso
y antes de ser por sombras encubiertos,
nuevamente á su asilo retornaban
cruzando desde el valle á la colina,

mas no sin dar al pobre que encontraban
pruebas de amor y caridad divina.

X

Así fueron pasando
las horas lentas, suaves,
por la humana corriente atravesando
como tranquilas naves
que sobre el hondo abismo van flotando.
La anciana cuidadosa
del hogar y sus dignos compañeros
se juzgaba dichosa;
el protector con ojos lisonjeros
en su amado discípulo miraba
brotar la inteligencia,
y cómo su semblante se animaba
cuando con tierno afán le trasmitía
con la profana ciencia
la moral, la sagrada teología.
También del corcobado
era ya menos triste la existencia,
pues nadie se atrevía
á llamarle mendigo y jorobado,
y todos en el pueblo con prudencia
le mostraban su lástima y cariño
menos... aquel malvado

que le trató en la escuela con perfidia,
el cual siguió sintiendo por el niño
la más profunda y rencorosa envidia;
y tanto se arraigó en el duro pecho
de esta odiosa criatura
por el débil y humilde contrahecho
esa pasión impura,
que una tarde en que Juan mudo, admirando
del campo la hermosura
iba por la ancha vega paseando
ya fijo en las silvestres florecillas,
en la bóveda azul, en la llanura,
ó en tantas maravillas
que en el fondo del río no lejano
su mente pensadora imaginaba...
no vió que otro muchacho con presteza
hacia él se adelantaba,
el que con diestra mano
traidora, y para el mal firme y pujante,
le asestó una pedrada en la cabeza.
Un punto vacilante
quedó Juanito, herido, atolondrado;
mas repuesto al instante
del golpe inesperado,
y aun sufriendo lloroso,
reparó en el muchacho que corría
reconociendo en él al envidioso
que huyendo en su cobarde desvarío

al volver la cabeza temeroso,
le vió Juan con espanto que se hundía
dentro del hondo y caudaloso río.
Este castigo justo, inesperado,
del enemigo airado,
dió lugar en su pecho
á la piedad sublime y generosa
que siempre le guiaba,
y sin mirar el trecho
que del funesto margen le apartaba,
sin reparar la sangre que abundosa
vertía su cabeza
ni pensar el peligro que arrostraba,
corrió al lugar del lance desdichado,
lanzóse al agua, hundióse con presteza
tras de aquél ya en la lucha fatigado
y pronto á perecer ante su vista,
y lleno de fe santa y de heroísmo
asiéndole con mano fuerte y lista,
arrancó del abismo
el cuerpo de su fiero antagonista.

XI

Muchos actos cual este asaz grandiosos
por el jóven Juanito efectuados
en momentos de angustia y peligrosos,

dejaban admirados
á los pobres vecinos de la aldea,
y todos, á pesar de su figura
defectuosa y fea,
lo juzgaban dechado de hermosura;
que estos prodigios obra
un noble corazón que al bien se preste;
la virtud fortifica en la zozobra
y da belleza y resplandor celeste.
Mas dejemos al tiempo que incansable
su marcha paulatina
prosigue inquebrantable,
como viejo insensible que camina
por el rudo arenal de las pasiones
vertiendo desengaños
tras de afanes ó dulces ilusiones,
y en alas de la idea
después de trascurrir algunos años
veremos lo que pasa en nuestra aldea.

XII

Todo cambiado había
en tan pobre lugar: el caserío,
que estaba tan ruinoso,
ya nuevo ó reformado, parecía
entre el ramaje umbrío

del arbolado hermoso,
á un nido de palomas que serenas,
remojando sus alas en el río
sin temores dormían y sin penas.
El templo renovado,
la casita del cura rodeada
de frutos y de flores,
el panteón sagrado,
el valle y la cañada,
todo, hasta los cuitados moradores
del pequeño recinto,
variados estaban al influjo
del tiempo y sus rigores;
mas cambió tan distinto
y tal belleza y lujo,
fué debido al cuidado y al esmero
de un bendito varón que dedicaba
su trabajo, su ciencia y su dinero,
á mejorarlo todo y procuraba
con impulsos benéficos, divinos,
y actividad sublime,
que no faltara pan á los vecinos
ni la luz que nos guía y nos redime.
Era este bienhechor un religioso
de rostro juvenil y sonriente
al par que bondadoso,
y de un alma tan bella y tan clemente
que á todos encantaba hasta el extremo

de ser muy venerado en el contorno;
y con ese fervor que inspira y crea
lo grande y lo supremo,
como fiel galardón y justo adorno,
los buenos campesinos le llamaban
el «Santo de la aldea»
y sus muchas virtudes ensalzaban.
Era éste, en fin, el pobre desdichado
raquítico y jiboso
que al ser escarnecido fué amparado
por otro sacerdote generoso.
Era Juan, hecho hombre y más derecho,
que sufriendo y llevando con paciencia
operación penosa y larga cura
dejó de ser el niño contrahecho,
llegando por milagro de la ciencia
casi á perfeccionarse su figura.

XIII

El noble protector y la abuelita
dejaron de existir al rudo embate
del tiempo que sin tregua precipita
al corazón que late
en la sin fin y misteriosa calma;
pero los dos tras el vital combate,
obrando siempre bien, tranquila el alma

y pura la conciencia,
hallaron junto á Dios triunfante palma
como lauro eternal de su existencia.

XIV

Huérfano y solo, pero ya ejerciendo
el sacrosanto oficio
del sacerdocio, Juan quedó rindiendo
su amor y sacrificio
al pie de los altares,
y en aras de los pobres desgraciados
que en sus hondos pesares
se vieron socorridos y amparados.
Un piadoso señor de allí vecino,
que murió santamente
después de haber sembrado en su camino
la semilla del bien resplandeciente,
un gran legado á Juan dejó, seguro
de que el joven también lo invertiría
en obras de piedad, pues que su puro
y tierno corazón ya conocía;
y así fué sucediendo...
la Iglesia y el lugar se reformaron
con aquel donativo, recayendo
mayor bien en los pobres que lograron
dulzuras para el cuerpo y para el alma,

pues el santo ministro cada día,
después de la limosna, que la calma
en los más angustiados infundía,
y de cumplir con los supremos cultos
de su misión hermosa,
reunía á los adultos
y párvulos del pueblo en una estancia
de su propia mansión, y con grandiosa
y mística paciencia
desterrando de todos la ignorancia
iba vertiendo luz é inteligencia.
Tan noble ocupación grata y fecunda
fué la más dulce al fin, de su existencia,
pues era el enseñar pasión profunda
en su pecho amoroso,
como le fué inculcando desde niño
el sabio religioso
que fiel le protegió con su cariño.

XV

Una tarde en que daba sus lecciones
á aquellos inocentes,
impregnando la fe en sus corazones
con máximas benditas y elocuentes,
vió dos niños llegar hasta su puerta
que exánimes llorando y andrajosos,

con voz débil é incierta,
«pan y agua» pidieron lastimosos.
El padre Juan que oyó con pesadumbre
á las tiernas criaturas,
su misión ejerciendo cual costumbre
limosna le fué á dar; pero angustiado
sintió un pesar enorme
cuando fijó en sus pálidas figuras
reparó, que era el uno jorobado,
raqúitico y deforme.
Siempre dispuesto al bien, y al par á impulsos
de misterioso afán, atrajo atento
hacia sí á los mendigos, que convulsos
por el hambre y la sed que resistían,
lloraban sin cesar, y con acento
paternal preguntó á los desgraciados
que de dónde venían
ó si andaban quizás extraviados.
Los niños con voz pura
y dejando rodar por sus mejillas
lágrimas de amargura,
con palabras sencillas
dijeron que eran hijos de un soldado
que en la reciente guerra,
cojo, pobre y enfermo había quedado;
que ellos sobre la tierra
no conocieron madre, y que este día
al pueblo habían venido

tras larga travesía,
 con su padre impedido
 que el penoso deber les imponía
 de implorar el sustento,
 y por eso hacia allí se encaminaban
 buscando el generoso acogimiento
 de un cura á quien «el Santo» le llamaban.
 Conmovido el sencillo religioso
 con el triste relato
 de los dos pordioseros, bondadoso
 les hizo que comieran,
 y después de servirlos breve rato,
 viendo ya que la noche se acercaba,
 les rogó que al lugar le condujeran
 donde su padre enfermo se encontraba.

XVI

Con más ánimo ya los pobrecitos
 al sentir en su seno
 los cuidados benditos
 de aquel señor tan bueno,
 asidos de las manos
 emprendieron la marcha presurosa
 el cura y los hermanos,
 con esa dicha y confianza hermosa
 que infunde el bien divino.

siguiendo por la senda tortuosa
que á un miserable albergue conducía
el que al fin del camino
y al pie de una montaña se veía.
Llegados al lugar sucio y ruinoso
que no mansión del hombre parecía,
sino inmunda vivienda de reptiles,
se escuchó gutural y tenebroso
quejido lastimero,
y á la vez de dos voces infantiles
el grito placentero,
unísono y alegre resonando
repetió con afán:—¡Padre queridol
ve tu angustia calmando,
porque hoy la caridad ya nos rodea;
los dos hemos comido...
¡y aquí tienes al Santo de la aldea!
—¡Maldición! el enfermo enfurecido
como preso de rápida locura
entre dientes rugió, fijo un momento
en la tranquila y celestial figura
del sacerdote que con dulce acento
le exhortó fervoroso
á la calma y paciencia;
mas aquél con el eco temeroso
de la propia conciencia,
—¡Maldición! repetía,
desgarrando en girones

el mísero atalaje que de abrigo
y lecho le servía,
y siguió, borbotando maldiciones:
—¡Tú eres... aquel mendigo
á quien yo con crueldad mortificaba,
¡y hoy te nombran «el Santo!»
¡y feliz por el mundo te deslizas,
mientras mi aliento acaba
y sufro hondo quebranto!
Hoy tú me martirizas,
porque comprendo, en tí mis ojos fijos,
la burla tan sangrienta
con que el infierno vino á castigarme
en la figura de uno de mis hijos!
¡Mas... el odio en mi pecho se acrecienta
y aun fuerzas he de hallar para vengarme!
Y cogiendo de un lado velozmente
una de sus muletas, furibundo,
con torpe mano impía,
la arrojó al padre Juan, que tristemente
lanzando un ¡ay! profundo,
vió que el golpe fatal... lo recibía
uno de los dos niños en la frente.
De la infeliz criatura
una queja brotó desgarradora,
cubriéndose de sangre su faz pura,
á la vez que la lengua pecadora
del criminal soberbio, profería

terrible imprecación y con trabajo
como sierpe infernal se retorció
sobre el duro y deshecho camistrajó.
En vano el padre Juan con su clemencia
acudió á socorrer al inocente;
en vano con seráfica paciència
quiso aclarar del pecador la mente;
de rabia y de dolores
el réprobo sin fuerzas ya rendido,
casi exánime hundió la tosca frente
que altiva levantaba en sus furores,
quedando ante el humilde así vencido.

XVII

Poco tiempo después, por el penoso
y empinado camino que en la falda
empezaba del monte y conducía
junto al sagrado asilo del piadoso
ministro del Señor... éste subía
conduciendo hasta allí sobre su espalda
con esfuerzo bendito y sobrehumano
al pobre maldiciente,
y de la diestra mano
al niño que más ágil, diligente
huyó del golpe que mató á su hermano.

Rendido el sacerdote y sin aliento,
por ser aquella senda ruda y larga,
se detuvo un momento,
desprendiéndose en tanto de su carga;
y el impedido entonces que llevado
en hombros se sintió, volviendo ansioso
la vida á recobrar, miró asombrado
que era su bienhechor el religioso,
y cruzando á la vez por su memoria
sus villanas acciones, un instante
quedó mudo, perplejo;
mas una luz purísima y radiante,
cual rayo misterioso de la gloria,
miró en torno de sí, y á su reflejo
del bien la dulce dicha vislumbrando,
y queriendo inclinarse,
conmovido exclamó, mientras luchando
con su propia impotencia
pugnaba por llorar y arrodillarse:
—¡Oh sabia omnipotencia
del Supremo Hacedor! hoy como aurora
que tras de noche oscura
aparece serena y brilladora,
irradia ante mis ojos tu luz pura!
¡hoy comprendo admirado lo infinito
de tu inmenso poder y tu grandeza!
¡Justiciero Señor! al fin contrito
me postro y ve mi alma, á Tí humillada

la fúlgida aureola de belleza
con que ciñes la frente venerable
del hombre virtuoso, y castigada
la culpa de este ciego miserable!
¡Piedad de mí, Señor!—y con más brío
estrechando en sus brazos
al bienhechor por quien sintió desvío,
y que feliz cual nunca sollozaba
queriendo deshacer tan dulces lazos,
el antiguo envidioso murmuraba:
—¡Gracias, Señor! ¡perdón, hermano mío!





OBRAS DE LA MISMA AUTORA

El Faro de la Virtud (libro de lectura para las Escuelas), 2.^a edición.

Corona á Santa Teresa de Jesús (libro piadoso),
por una Hija de Nazareth.

El Santo de la Aldea (poema).

EN PREPARACIÓN

Los poetas andaluces contemporáneos (con la colaboración de los más eminentes vates de Andalucía).

Violetas y siemprevivas (poesías).

Inhiesta (poema).

